ENTREVISTA MACEO-MARTÍNEZ CAMPOS

Al aclarar el día 14 de Marzo de 1878, después de repetido el toque de diana en el campamento de los insurrectos de Oriente, en la Sabana de San Juan, donde tenía su cuartel general el Mayor Gral. Antonio Maceo, determinó él mismo que sus ayudantes fuesen recorriendo las tiendas o ranchos de cada uno de los Jefes y Oficiales que en cumplimiento de anteriores ords. y otros por razón de las noticias habían concurrido a la concentración; para invitarles a que acompañasen al referido General hasta la inmediata Sabana de Baraguá donde debía tener lugar el acto de una entrevista, convenida con el Capitán General el Sor. D. Arsenio Martínez Campos; y en virtud de aquel aviso de invitación fueran concurriendo hasta que se reunieron los Ciudadanos, el Mayor General Manuel Calvar, los Coroneles Silverio del Prado, Arcadio Leyte Vidal, Juan Rius Rivera, Pedro Martínez Freire, Guillermo Moneada, José Maceo, Flor Cronvet, Emiliano Cronvet, el Dr. Félix Figueredo, Jefe de Sanidad, los T. Coroneles, Fernando Figueredo Socarrás, Coronel Leonardo del Mármol, Teniente Coronel Pablo Beola, Miguel Sta. Cruz Pacheco, José Lacret, Quintín Banderas, Jesús Rabí; Comandante Vicente Pujáis, Pedro Vázquez, Benigno Marrero, Francisco Vidal, Luis Feria, Antonio Soria, Agustín Sebreco, Agustín Portuondo, los hijos del Coronel Prado, Rafael Rodríguez, Zayas Bazán, Capitanes José Sauvanel, Santiago Medero, Manuel Romero, Pablo Cansino, Félix Bouco, Teniente Celestino Cabrera y otros, también oficiales cuyos nombres no retiene la memoria, marchando todos a pie al encuentro del grupo de los Sres. Españoles que debían concurrir al punto de la cita a la misma hora por la parte opuesta de la sabana.

Y mientras todo lo anterior se hacía en el cuartel de Maceo, que tenía reunido su séquito de acompañantes, del otro campamento español en Miranda, lo verificaba el Cap. Gral. Sr. Martínez Campos, precedido de una escolta de veinte y cuatro jinetes y seguido de los Sres,. Brigadieres D. Camilo Polavieja y D. Narciso Fuentes, de los Coroneles D. José Arderius y Garcia, D. Alejandro Moraleda y D. Emilio March,

más algunos Ayudantes; los que por el camino de Mayarí llegaron primero hasta la sabana de Cayo del Rey, luego a la del Hato del Medio v en esta tomaron el trillo de la izquierda que los condujo a la de Baraguá, viéndoseles llegar una media hora más tarde puesto que ya encontraron a los del grupo insurrecto esperándoles bajo la sombra de los Mangos que era el lugar convenido entre los Grales. Martínez Campos y Maceo para la entrevista.

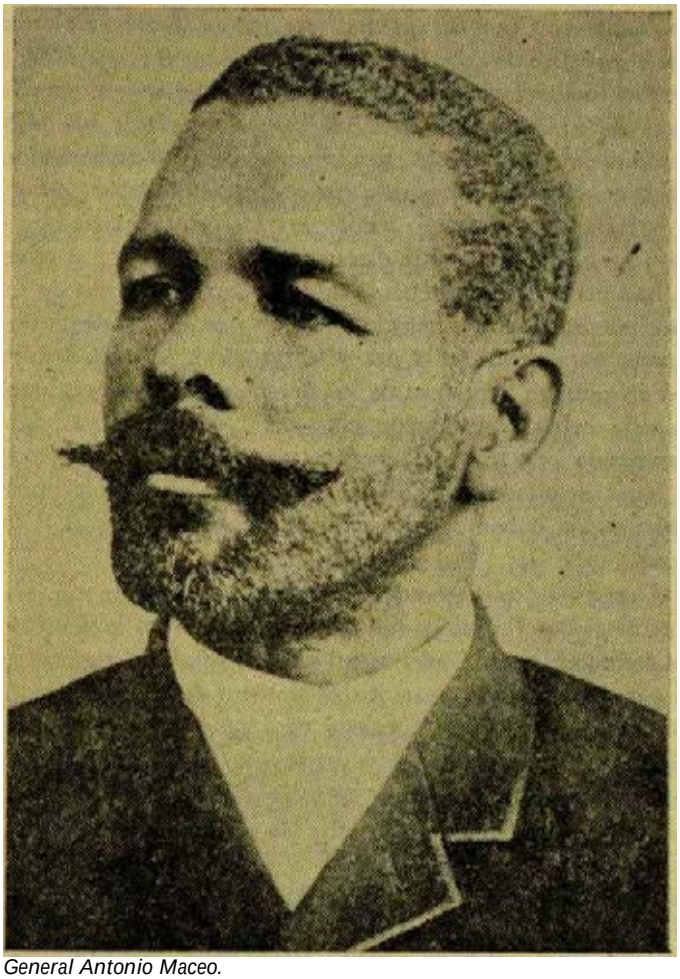
Si no fuera porque sería una falta el no consignar lo que se le debe a la verdad de la historia, estaría por demás el referir lo que allí pasaba, que depuesto por parte de cada concurrente, de los de uno y otro bando, cuanto de rencor y de odio se tuvieran como enemigos para que la reunión pudiera resultar si no enteramente cordial al menos francamente política, y sin duda por la misma causa, cuando vieron los del grupo insurrecto que sus adversarios echaban pie a tierra se adelantaron para recibirlos ofreciéndoles la bien venida: notándose que al hacerlo el Capitán General Sr. Martínez Campos, que dicho sea, se distinguía de los demás, por los 3 entorchados en cada boca manga de la levita de campaña que vestía, el pantalón grana, la faja y el ros; él, el primero que en alta voz preguntase, cual era D. Antonio Maceo; y no sin que al mismo tiempo dejase de recorrer de una mirada á todos los del grupo que le quedaba al frente. Y el General Maceo, correspondiendo a la distinguida atención de que acababa de ser objeto por parte de tan elevado adversario, hubo de adelantarse para saludarle y ofrecerle una de las hamacas para que la ocupase, la que prontamente ocupó el distinguido Jefe español, invitando á todos los demás á que hiciesen otro tanto.

Ahora debe suponer el que esto leyese, que separado del fin político que era lo principal al mismo tiempo, lo era el del Gral. M. Campos el de verse tete a tete con Maceo y los demás veteranos de Oriente con quienes tanto batallara en su primera campaña de Guantánamo que dirigiera personalmente sin ningún fruto cuando tenía el empleo de Brigadier en el año de 1871 a 72.

Lo mismo que el del Gral. Maceo y demás insurrectos allí presentes, el de fijarse con detención en aquel ya renombrado y encumbrado Jefe español al que podían ver y oír sin que mediara el estruendo de las armas; para juzgar cada cual en su mente, si sería el predestinado para anular o torcer las convicciones de los que en nueve años consecutivos de peleas habían hecho todos los esfuerzos y llegado a todos los sacrificios para sostenerlas: y que llegase la inesperada hora de un día en

que fuesen a ceder al imperio de aquella voluntad que cansada de la impotencia de sus armas, lo mismo que del exterminio por ningún resultado sólo anhelaba por todos los medios políticos y humanitarios que se diese al olvido todo el pasado con sus horrores como único extremo de que quedase para siempre terminados las fratricidas contiendas.

Y hechas las precedentes consideraciones, continuaremos haciendo saber que el Gral. M. Campos consideró oportuno abrir la conferencia, empezando por decir de que no le fue posible, como le hubiera gustado,



General Antonio Maceo.

el concurrir el mismo o al siguiente en que el telégrafo le transmitiera el contenido de la carta del Sr. Maceo. Agregando que lo había impedido el estar ocupado en los mismos asuntos de la paz, primero por Cauto del Embarcadero donde se hallaba y seguidamente por Manzanillo en otra entrevista con D. Modesto Díaz la que a su paso quiso dejar cumplida y con éxito satisfactorio según agregó.

Y así que diera aquellas explicaciones de su demora continuó por añadir.

Que no podía menos que admirar y enaltecer a cuantos militaban en las filas insurrectas por las pruebas que tenían dadas de abnegación, de constancia y de valor con el propósito de sostener una *idea;* pero que no le era extraño el que así lo hubiesen hecho porque eran cualidades exclusivas de los españoles que las habían legado a sus hijos de las Américas;[1] siendo proverbial que ninguna otra Nación hubiera podido dar hombres de tanta resistencia para saber sobrellevar todas las penalidades y miserias y de tanto valor para los combates aunque solo contaran con los elementos que pudieran proporcionarse por sí mismos; pero que ya bastaba de más pruebas y de más derramamiento de sangre perdida inútilmente: que era llegado el día en que las desavenencias debían desaparecer para devolver la paz y la tranquilidad a las familias y para que el País pudiera hacer uso de los derechos políticos y administrativos que España había determinado concederle, haciéndole la debida justicia; estimando oportuno, al encontrarse reunidos el dar conocimiento de las bases acordadas con el «Comité» para el establecimiento de la Paz, después de haber desaparecido de *propio motivo la Cámara y el Gobierno.*

Y al terminar su peroración con la palabra Gobierno, en alta voz llamó al Brigadier Polavieja que desde el otro árbol inmediato donde se hallaba formando corrillo con otros Jefes españoles y algunos insurrectos acudió con extremada ligereza al llamamiento de su Sup[r]. el que al verlo le mandó que buscase a Moraleda para que se llegase a leer toda la documentación de lo que se hubo escrito en Camagüey.

Más el General Maceo al oír de lo que se trataba y al oír a Moraleda que con una rodilla en tierra buscaba los primeros documentos, entonces se creyó autorizado para interrumpir el acto, haciendo la observación de que no estando de conformidad con lo que se había hecho en el Camagüey, como tuvo cuidado de decírselo por escrito, estimaba iba á ser inútil que le mandara dar conocimiento de cuanto pudiera constar en la aludida documentación.

En ese estado la Conferencia y dirigiéndose á todos el Gral. Martínez Campos dijo.— «Pero Sres. he venido aquí llamado por ustedes y creía que todo lo que tuviéramos que hablar había de ser referente a la paz. Si es que ustedes no están de acuerdo con ninguna de las bases del convenio, entonces ¿qué es lo que quieren ustedes?»

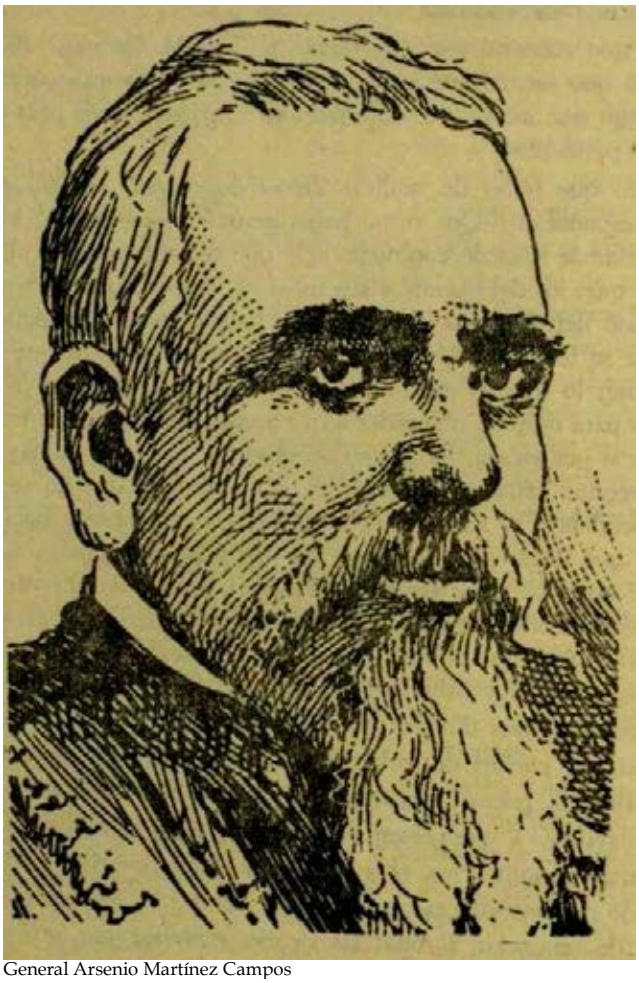
Y como que al oír al Gral. Martínez Campos, callase el Gral. Maceo y los demás también, entonces el Jefe de Sanidad Figueredo, viendo el silencio en que quedaron los de la reunión, pidió permiso para hablar y obtenido el asentimiento dijo: «Nosotros lo que verdaderamente queremos es la Independencia.»

A lo que contestó inmediatamente el Gral M. Campos. «Si hubiese entendido que se me llamaba para pedirme lo que nunca podemos dar, desde luego que me hubiera ahorrado el trabajo de venir para no haber oído esta petición.»

Por lo que hubo de replicar Figueredo cuando acabara de hablar el Gefe español.— «Que como había expresado el General Maceo, no debían estar de acuerdo con nada de lo que se había hecho en Camagüey atendido que, los del Comité y sus secuaces, después que al tratar habían prescindido del principio porque todos habían combatido, aquel arreglo de la paz se había llevado a cabo sin contar para con los que militaban en Oriente; lo que les daba el derecho de suponer, que así lo hubiesen acordado para después obligarles a que aceptasen el arreglo por la fuerza; pero que si por virtud del mismo acontecimiento los de la mayoría de la insurrección estaban ya adheridos, temerosos de que no se alcanzara la independencia si se continuaba en la lucha; y el que hablaba tenía también que llegar á ese extremo no por ello quería privarse de dejar de hacer observar que para poderse aceptar la paz en Oriente había de ser haciéndose más amplias concesiones y sobre todo la *de que resultasen libre todos los esclavos que hubiera en la Isla* y con tanta mayor razón, de que si los había era debido á que el Gob° español a pesar de sus compromisos directos con Inglaterra e indirectos con el Mundo civilizado, por encima de todo, había estado tolerando la «trata» hasta que estallara la guerra, negándose siempre á no hacer nada en favor de la esclavitud. Y que presentándosele la ocasión favorable para reparar tantos males e injusticias, el que hablaba, había querido extremarse en el empeño de conseguir esa indispensable condición, aunque por su parte hubiera de renunciar á todas las demás ventajas; porque ya dejaba cubierta su responsabilidad con su adhesión á la protesta aunque no se realizara,

pero más quería dejar tranquila su conciencia con tal de ver que en Cuba quedase para siempre abolida la esclavitud.»

A lo que Figueredo acabara de expresar, contestó el Gral. M. Campos que sentía el no poder empeñar su palabra allí mismo, ni tampoco comprometer al Gobierno de la Nación para que todos los esclavos de la Isla resultasen libres por virtud del convenio del Zanjón; y no por que dejaran de inclinarle sus sentimientos a ese fin, sino porque la cuestión después de envolver encontrados intereses, correspondía ventilarse en



General Arsenio Martínez Campos

las Cortes y el Senado, cuyos dos altos Cuerpos eran los que **por** las leyes estaban llamados a resolverla; que por su parte había creído conveniente para el mejor éxito de la paz el aceptar, que quedasen libres todos los esclavos que hubiesen militado en la insurrección, obligándose á sostener la validez de esa condición; pero que respecto de los otros no podía comprometerse a que la consiguieran con el hecho solo de la conclusión de la guerra por los motivos expresados.

Terminado que hubo de hablar el Gral. M. Campos, habló tras él el General Calvar para decir.— «Pues que no hemos de conseguir la Independencia, ni los esclavos su libertad, de ningún modo debemos aceptar el convenio por que nos deshonramos.»

Y el Gral. M. Campos, mortificado con las últimas palabras que oyera de boca de Calvar, vivamente replicó.— Que donde él intervenía nada podía resultar deshonroso para nadie.»

Entonces el Gral. Calvar como un acto de cortesía política, dio la debida satisfacción haciendo las salvedades oportunas que no alcanzaban a los del Camagüey.

El resultado fue, que visto por el Gral. M. Campos, que de lo tratado en el Zanjón, ninguna de las condiciones eran aceptadas ni por los Generales Maceo y Calvar, ni por otro alguno de los demás concurrentes, preguntó dirigiéndose al primero, si sería posible que se fueran a romper de nuevo las hostilidades para continuar la guerra. A lo que le contestó el Gral. Maceo que por él no había ningún inconveniente en que se rompiesen desde el mismo día.

El Gral. M. Campos sin embargo de la contestación tan categórica de Maceo no tuvo por conveniente en aceptar la brevedad del plazo por cuanto dijo. Que ya que no quedaba otro camino para seguir tratando de la paz, empezarían de nuevo las operaciones al terminar el 8° día desde el siguiente al de aquella entrevista, tanto para dejar tiempo a que se reflexionase sobre la conveniencia de que se aceptara la paz que brindaba cuanto para que si se persistía en no aceptarla, pudiesen ambos contendientes colocar sus fuerzas donde a cada uno le tuviera mejor cuenta; en la seguridad de que por su parte, si no mediaba ningún arreglo en el plazo de los 8 días fijados, tomaría la ofensiva al expirar el último día; ordenando empezasen las operaciones.

Y después de ponerse de pie y de dirigir un saludo en general pero mudo y significativo, ya jinete y sin ni ocuparse de su comitiva hirió los hijeares de su caballo, lanzándolo a escape por aquella Sabana, ju-

rando y perjurando que siempre le quedaba el recurso de gastar cuanta pólvora y balas fuesen necesarias hasta conseguir que los insurrectos de la protesta tuvieran que sucumbir al logro de sus intentos.

Ni menos, ni más lo que tuvo lugar en la conferencia empezada, interrumpida y concluida a la sombra de uno de los Mangos de la Sabana de Baraguá; y conocido ese suceso en todos sus detalles, ha llegado la hora de que también demos a saber lo demás que se hizo en la tarde del mismo día, después de la vuelta al Campamento de la Sabana de San Juan; con el principal objeto de adoptar una resolución para reponer la falta de un gobierno y de una Cámara que hubiera desaparecido de propio motivo como lo dijera poco antes el Gral. M. Campos; aunque en opinión de muchos, lo hicieron para pretender salvarse de la responsabilidad que a lo sucesivo pudiera caberles.